

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza o sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Un año id. 50 »
ESTRANJERO, tres meses. 30 »
ULTRAMAR, un año. 6 pesas.

Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 400.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

ADVERTENCIAS

Los suscritores de provincias, cuyo abono termina en fin de mayo, se servirán renovarlo oportunamente.

El medio más sencillo es por el giro mútuo ó en sellos de franqueo.

El mismo aviso damos á los encargados de la venta pública en provincias.

MEJORAS DE GIL BLAS

En lo sucesivo va á recibir GIL BLAS nuevo impulso en su seccion de caricaturas.

Del mismo modo que procuramos la variedad en el texto, en adelante la hallarán tambien nuestros lectores en la plana de dibujo.

Con las chispeantes caricaturas de Ortego alternarán las de otros dibujantes cuya colaboracion nos hemos adquirido, en nuestro afán constante por complacer á nuestros numerosos favorecedores y deseando que GIL BLAS esté siempre á la altura de los primeros periódicos satíricos de Europa.

Contamos, pues, para la seccion de caricaturas, además del Sr. ORTEGO, con los acreditados dibujantes Sres. URRABIETA y GIMENEZ.

De este modo GIL BLAS reproducirá, en el texto por medio de las plumas de sus redactores satíricos, y en el dibujo por el lápiz de sus dibujantes, todos los acontecimientos y actualidades que puedan interesar y divertir á sus lectores.

LO QUE CORRE POR AHÍ

¿No habeis oido hablar de ella?

¿No le habeis visto la cara?

En verdad os digo que sois muy dichosos. Acabo de recibir la visita de un amigo que me ha hablado de ella con espanto. Mi amigo vivia tranquilo y feliz dedicado á las faenas de su profesion, con la cédula de vecindad en el bolsillo y algunos cigarros del estanco en la petaca. Veia con delicia aparecer el sol por encima de los tejados, y se acostaba despues de tomar chocolate con mogicon, rezando sus cotidianas oraciones.

¿Quién podria turbar la paz que disfrutaba mi buen amigo?

¡Ella!

—«La otra noche, me decia mi amigo, volví á casa descuidado y encontré en ella el mayor dolor. Mi mujer sufría horriblemente. Se llamó al médico y creimos que los recursos de la ciencia no eran suficientes á impedir los rápidos progresos del mal. ¡Qué cambio en tan pocas horas! Mi mujer habia pasado un día delicioso, y desde el fondo de su alma elevaba en silencio cánticos de alabanza á la brisa que acariciaba las flores del balcon. Todo le sonreia. Pero ella, esa maga fatal que

envenena las más lícitas expansiones del ánimo, habia entrado en mi casa, y con ella penetró el hábito de muerte que la acompaña á todas partes. Trocáronse en tristeza la alegría, en desesperacion la esperanza. Cierra tus puertas, cierra tus balcones, amigo mio, porque esa hada acecha el momento favorable con impia tenacidad.»

Aleccionado con los consejos de mi amigo, he tenido buen cuidado de guardarme de ella, poniéndome lo más lejos posible del alcance de sus garras.

Y aun así no las tengo todas conmigo.

Ella hace que todo se humille á su paso, y obliga á que le sirvan de cómplice los objetos que nos rodean.

Si vais á paseo, ya elijais las frescas alamedas del Retiro, ya las estrechas calles de Recoletos, ya las pendientes encrucijadas de la Cuesta de la Vega, os esponéis á tropezar con ella.

De noche os creéis seguros en el café hablando con cuatro amigos de la Exposicion universal ó de la corrida de torés... ¡Ah, incautos! Ella, escondida en las sombras de la calle, espera á que salgais para daros el avance fatal.

Leeis los carteles de los teatros y os dirigís muy serios á gozar oyendo la comedia nueva ó mirando en un palco á la mujer que os vuelve tarumba; pero ¡ay de vosotros si teneis el más ligero descuido! Ella no desperdicia la ocasion y penetra por el ojo de la llave para clavaros el puñal asesino aunque sea por la espalda.

Ella se rie de los bandos de policia urbana; se mofa de los ricos y los poderosos; persigue á los pobres; acosa á los enamorados; no respeta edades, sexos ni condiciones.

Va vestida de luto y se desliza con la ligereza del viento.

Está á un mismo tiempo en la ciudad y en el campo, en el palacio y en la choza, en el banquete y en el entierro.

Su aliento envenena, su sonrisa mata, su beso aniquila.

Vela constantemente á la puerta del festin, y tiene la desvergüenza de penetrar en los templos acurrucándose junto á la pila de agua bendita.

¡Su nombre, su nombre! preguntareis con afán. Decidnos su nombre para huir de ella. ¿Cómo se llama?

¿No la habeis conocido?

Su nombre es PULMONIA.

Hablemos de cosas más alegres.

Agitase por los periódicos una cuestion, cuya conveniencia puede dar origen á opiniones diferentes.

Se trata nada ménos que de trasladar á las afueras de la capital las casas de vacas que están graciosamente diseminadas por todas las calles.

Yo, que he sido en ocasiones muy aficionado á

echarme un trago del blanco alimento que estos séres de costumbres patriarcales nos brindan á ocho cuartos el yasito, no puedo mirar con indiferencia la suerte que les está reservada, en lo cual, sin ofender á nadie, doy muestra de poseer un estómago agradecido.

Dicen algunos que su vecindad es incómoda: podrá ser; pero hasta que se me pruebe con nuevos datos, seguiré creyendo que no es perjudicial á la salud.

¡Pobrecitos animales!... ¡tan prudentes, tan reservados, tan circunspectos!

Déles Vd. de comer, y ni siquiera se permiten molestar al vecino.

Yo, que he tenido debajo de mi habitacion una casa de vacas, puedo asegurar bajo palabra de honor que jamás me han molestado,—ni tocando el piano, ni emborrachándose, ni armando jaleo á deshora de la noche.

Y mientras por su modo de vivir se hacian acreedoras á la benevolencia de los vecinos, un caballerete del segundo nos aturdia tocando el clarinete con tan decidida aficion, que hubiéramos deseado, por una de esas trasformaciones que tanto abundan en Las Mil y una noches, convertirlo de repente en vaca, para gloria del arte y descanso de la vecindad.

Trasladadas las casas de vacas fuera de la capital, ¿quién será el guapo que se atreva á tomar leche vista ordeñar, cuando teniéndolas tan cerca es un problema?

En fin, si la suerte lo dispone así, adiós mi vasito de leche y mi ensaimada, ya no os volveré á ver á la cabecera de mi cama; y vosotras, respetables ancianas, estad seguras de mi compasion. Os admiro por la mansedumbre, y os respeto por madres de los toros.

Luis Rivera

NO RESPONDO

Tentado estoy por decir que la mayor de las desgracias que al hombre aquejan es el don de la palabra. Y tengo mis motivos para pensar de este modo.

Todas ó casi todas las conversaciones se reducen á preguntar y responder; cosas ambas que me tienen, si no fuera de mí, casi casi con un pié fuera de mí mismo, para salirme y no volver en un rato, porque el preguntar siempre me ha parecido un sí es imprudente, y el responder un no es satisfactorio.

Por la millonésima vez tengo que recordar que este país es un país abominable, y aprovecho esta ocasion para decir á los que quieren cerrarme la boca asegurándome que no debo murmurar de este país, porque es el mio; que si es mio, ó vamos al decir, nació en él, no fué la culpa mia, porque yo no nací, me nacieron.

Yo no sé en qué consiste la educacion de este país, ni á lo que aquí llamarán educacion y trato de gentes; lo que sí sé de muy buena tinta es que, ó la educacion está en íntimo trato con la imprudencia, ó la imprudencia está perfectamente admitida entre las gentes que se llaman bien educadas. Cualquiera de las dos suposiciones me parecen un poco y aun dos pocos graves.

Todas las noches, al salir de mi casa (otro diria todas las mañanas, pero yo no sé nada de las mañanas más que lo que oigo decir de que las hay, y frescas); todas las noches, pues, al salir de mi casa, me pongo á temblar de

miedo, porque sé de seguro que el primer sér con levita (á quien otros llamarían hombre) que me encuentre y me detenga, que de seguro me detendrá, me ha de preguntar algo que no le importe maldita de Dios la cosa. Y es el caso, que si yo le hago ver que se mete en lo que no le importa, pronto gozará fama de mal criado, mientras que él no gozará fama de tal, á pesar de su mala crianza.

Yo quiero, amado lector mio, que recuerdes lo que te ha pasado la última vez que has salido á la calle: y siempre que tus recuerdos no estén conformes con mis observaciones de ahora, te autorizo para que rompas mi escrito, y aun me rompas á mí, si me encuentras á mano, y me dejes.

Seguro estoy de que lo primero que te dijo el primer amigo á quien tuviste la malaventura de encontrarte, fué la siguiente frase:

—¿A dónde va Vd.?

Frase que dicen en toda la Península é islas adyacentes todos los hombres que se paran en medio del arroyo, ó á un lado, con otros hombres.

Supongamos, y es poco suponer, que ibas á ver si te daban un dinero: tienes que contárselo al preguntador, lo cual es grave en los tiempos presentes.

Supongamos que ibas á ver á una novia que has adquirido en uso de tu derecho y para tu uso particular; tienes que contarle al preguntador que tienes novia, y que además de tenerla, la vas á ver. Esto también es grave (el contarle, digo).

Supongamos que ibas á pagar una cuenta. ¿Qué necesidad tiene nadie de saber que pagas cuentas?

Supongamos que ibas á matar un hombre, ó dos; ¿se lo irás á contar al amigo?

Tienes, pues, que mentir, y decir que vas á cualquier parte que no es la parte sensible de tu camino. Y véte pronto, porque si estás mucho tiempo parado, te va á preguntar diez ó doce cosas más; á segundo por cosa.

Sigue tu camino; verás lo que te pasa.

En suponer no se pierde nada; sigo suponiendo, pues, y me figuro que llevas una flor en el ojal del pecho.

—¡Hola! dicen tus amigos apenas has entrado en el café; ¿quién te ha dado esa flor?

Doy por supuesto que te callas, por no soltar, como decimos los inteligentes, una fresca.

—¿Te la habrá dado aquella muchacha, eh? dice otro.

Continúas callado.

—¿Se la vas á regalar á alguien? dice un tercer imprudente, sonriendo, á ver si te pone colorado.

Ya no puedes contenerte, y dices:

—No, señores, no, no apurarme más; la flor... la he comprado.

Quiero suponer que los amigos se callan, y se dan por satisfechos. Entonces toma la palabra otro sugeto que hasta entonces calló, y exclama casi enfadado:

—¿Vd. gasta el dinero en flores?

¡Figúrate tú, amado Teótimo, ó como te llames, si te puedes titular hombre libre en una sociedad en que, no solo los propios, sino los extraños, te piden cuentas de tu dinero!

Me falta el valor y las fuerzas me abandonan al recordar los disgustos que he debido dar á mis semejantes gastando mi dinero en una porción de cosas.

Ni Colon, ni el Cid, ni todos los héroes de que nos hablan las historias, conocidos por sus dos ó tres docenas de osadías, me asombran tanto como dos ó tres docenas de individuos que, poniéndose delante completamente indefensos y tranquilos, nos han preguntado en varias ocasiones:

—¿Cuánto dinero ha ganado Vd. este año?

Como quiera que una pregunta de tal género me deja siempre confundido, me he limitado á responder:

—Ya le enviaré á Vd. la cuenta á su casa.

Y á pesar de la humildad de la respuesta, he averiguado despues que el grosero fui yo. ¡Y yo no lo habia notado! ¡Lo que somos!

Y es que á fuerza de tiempo los españoles hemos confundido dos palabras, que de seguro no están unidas en ningun Diccionario de sinónimos. La franqueza y la imprudencia.

Y hay algo todavía más lamentable: que la imprudencia es la enfermedad local de los españoles, como lo son en otros países las calenturas ó la fiebre amarilla.

¿Se casa Vd.? Todo el mundo está autorizado para averiguar quién es la mujer que Vd. ha elegido, cómo se llama, de dónde procede y cuántos puntos calza.

¿No se casa Vd.? Pues todo el mundo está autorizado

para perseguirle constantemente con esta pregunta:—

¿Por qué no se casa Vd.?

¿Trabaja Vd. mucho, porque necesita trabajar, y comer, y dar de comer? Pues le dirá todo el mundo:—Hombre, ¿por qué trabaja Vd. tanto?

¿No trabaja Vd., porque no puede, ó porque no quiere, ó porque no le da á Vd. la gana, en lo cual nadie debe meterse? Pues ya tiene Vd. el castigo encima, con esta pregunta que le ha de hacer todo quisque que le conozca:—Caramba, ¿por qué no trabaja Vd.?

Y es preciso que todo el mundo sepa por qué va usted aquí, ó por qué se retrae Vd., ó por qué le gusta á usted más el jamon con patatas que las patatas solas, ó por qué se ha hecho Vd. traje nuevo, ó por qué lo lleva usted usado. Es preciso que haga Vd. participe á todo el mundo de cuanto á Vd. le pase, ó le haya pasado, ó le vaya á pasar; es preciso, en una palabra, que sea Vd. el esclavo universal y el chiquillo de cinco años que debe rendir cuenta de sus actos á otros chiquillos no mejores ni peores, sino peores todos.

¡Oh! ¡qué horrible vida!

En cierta ocasion, quiso mi desgracia que me gustara mucho la mujer de un conocido mio. Era una desgracia, ¡pero me gustaba mucho! Yo no tenia la culpa, ni ella tampoco.

Un dia, con el corazon tranquilo, porque no iba á hacer ninguna picardía, salí decidido á pasar por delante de la casa de aquella señora. Me gustaba y queria verla, ni más ni ménos, y en esto no ofendia á la moral, porque á mujeres ajenas, con verlas basta.

Antes de llegar á la calle donde ella vivia me encontré de manos á boca con el marido.

—¡Hola! me dijo muy risueño: ¿á dónde va Vd.?

Yo quiero que la humanidad entera, y trescientas gruesas de humanidades se pongan en mi caso, á ver cómo se le responde á un marido:—¡Voy á ver á su mujer de Vd. porque me gusta mucho!

Y es indudable que todo se hubiera evitado si aquel hombre no hubiera sido imprudente.

¿Le importaba á él saber donde yo iba?

Acabo de ser pregunton en este momento.

No me contesten Vds., y es lo más seguro.

Eusebio Blasco.

UN SÍ Y UN NO

Niño, ¿quieres hombre ser y dejando la chaqueta, ir vestido de etiqueta ó mismo que un sumiller? ¿Quieres en vez de la gorra llevar sombrero, aunque malo, y en vez del sable de palo un baston de cachiporra? ¿Quieres en vez de jugar y por el Prado correr, trabajar para comer ó comer sin trabajar? La dicha que existe en tí y tu tranquila inocencia, ¿quieres trocar por mi ciencia? ¡Sí!

Anciano, que de partida vas á destino ignorado; ¿anhelas en ese estado hacer eterna tu vida? ¿Quieres de muertas pasiones sentir la llama infecunda, y del tiempo á la coyunda encadenar tus acciones? ¿Quieres sentir sin gozar, andar y retroceder, tropezar y no caer, dormir y no descansar? ¿Quieres del bien que pasó guardar el recuerdo puro renunciando al bien futuro? ¡No!

Mujer, de tu faz hermosa el encanto me subyuga, no hay en tu frente una arruga, tu labio envidia la rosa. ¿Quieres de la turba inquieta ser la delicia constante, y respirar siempre amante, y vivir siempre coqueta? ¿Quieres en verano eterno ver tu juventud pasar, dando con tu amor al par horas de gloria y de infierno? ¿Quieres de ópalo y rubí

diademas para tus sienes, palacios, y grandes trenes? ¡Sí!

Hombre que con mucho afán cruzas del mundo el desierto, tras un porvenir incierto donde apenas se ve un pan. ¿Quieres del odio mezquino sufrir el mortal azote, y que te escarnezca el zote y que te pise el pollino? ¿Quieres que la mala fé te acose traidoramente, teniendo quizá la frente donde tú tienes el pié? ¿Quieres lo que Dios te dió perder en solo un minuto?... —Compadre, no sea usted bruto... si le he dicho á usted que nó.

M. del Palacio.

ADVERTENCIAS IN EXTREMIS

(Última escena de la comedia humana.)

PERSONAJES.

Table with 2 columns: Character name and age. EL CUERPO... 36 años. EL ALMA... La eternidad. LA ESPOSA... 22 años. LA SUEGRA... 58 años.

Cuadro primero.

(Alcoba modestamente amueblada, en la que hay un enfermo. Sobre la chimenea una lamparilla que agoniza. El fuego está casi apagado, pero el batallon de cafeteras que hay en torno de los tizones producen al hervir un murmullo semejante al de un manantial que cae sobre piedras. La cómoda y la mesa de noche están llenas de botellas, frasquitos, tazas, etc.; en las sillas y junto al fuego hay paños y toallás puestas á secar.)

Son las cuatro de la mañana y el enfermo se muere. La esposa está muellemente recostada sobre una butaca. Aunque sus grandes ojos negros se hallan abiertos no vela al enfermo.

Su pensamiento viaja. Sus cabellos se salen de la redecilla, su vestido abierto desde el cuello á la cintura deja entrever blancuras alarmantes.

Sus piecitos no pueden soportar las babuchas: todo en aquel cuerpo adorable aspira á la libertad.

En otra butaca duerme la suegra del enfermo, la madre de la esposa, una señora obesa, cuyo ronquido hace el bajo al hervidero de las cafeteras.

El cuerpo dolorido se revuelve en un lecho, en el que los pliegues de las sábanas le parecen cuchillos. La fiebre le seca, la respiracion le sofoca, la imaginacion le agujonea obligándole á pasar revista á todos los actos de su vida;—triste desfile, lamentable cortejo de amores fáciles, de amistades vulgares, de desengaños y de remordimientos. Hay segundos en los que la imaginacion condensa ochenta años de recuerdos:—en uno de ellos se entabla el diálogo siguiente:

EL CUERPO (tosiendo.)

¡Ejem, ejem!

EL ALMA.

¿Otra? ¿Qué apostamos á que no me dejas tranquila un solo instante?

EL PENSAMIENTO DE LA ESPOSA.

Ese es tu marido... ese es aquel que venia á pelar la pava de noche á tu reja. Has cumplido tus deberes de esposa, pero francamente, ¿que te inspira ya ese cuerpo lívido, esa mirada vidriosa, esos labios agonizantes? Su enfermedad no tiene cura: despues de la agonía, la muerte: quedarás viuda, quedarás libre...

LA SUEGRA (soñando.)

Mi hija será fiel á su marido, caballero: tenga Vd. paciencia, que el pobrecito ya no vivirá mucho.

EL CUERPO.

¿Quién me llama?

EL ALMA.

Nadie se acuerda de tí, pedazo de atun, y no me impacientes, que tengo malas pulgas.

EL CUERPO.

Por el amor de Dios, alma mia, ten compasion de mí. ¿No ves que sufro? ¿Cómo tienes valor para martirizarme de este modo?

EL ALMA.

¿Sabes que eres muy fastidioso? No sé lo que te pasa desde hace algun tiempo, pero estás insufrible... En una palabra, no estás habitable.



El ascendiente.



El descendiente.

SOCIEDAD VINCULAR EN ESPAÑA. EL CUERPO.

Tú sí que eres pesada. Cuando hace diez años tuve el honor de recibir por obra y gracia de tus caprichos aquella estocada que me atravesó el pecho, no te quejabas de las corrientes de aire.

EL CUERPO.

Pues, amiguita, has escogido mal la ocasion de rebelarte... sufro mucho; no tengo sano un solo hueso...

EL ALMA. BAZAR DE CALZADO.

¡Qué inocente eres! Si no estuvieras malo me aguantaría y tres más; pero ahora puedo ya alzar el gallo.

EL CUERPO.

¿Te atreves á sacar los piés del plato? ¿Es posible que trates de ese modo al que te ha recogido y educado? ¿Tendré que arrepentirme de haberte dado asilo?

EL ALMA.

¡Vaya un asilo! ¿No notas que la casa se desmorona? Yo sí que me arrepiento de haberte dado la vida; pero no hay que apurarse, hace algun tiempo que he formado un proyecto que pondrá fin á esta situación.

EL CUERPO (agitado.)

¿Qué es lo que dices?... ¿Has formado un proyecto?... ¿Cuál es? ¿Por qué me lo has ocultado hasta ahora?

EL ALMA.

Si no te cegase el amor propio lo habrias adivinado.

EL CUERPO.

Habla...

EL ALMA.

Desde el dia en que empezaste á toser, comprendí que no podrias durar mucho tiempo, y me alegré infinito, porque el ruido me molestaba.

EL CUERPO.

Ningun derecho tienes para quejarte, porque tú fuiste quien me impulsó á lanzarme al rio, en donde pesqué la enfermedad que me lleva al sepulcro.

EL ALMA.

¿Qué apostamos á que aspiras á hacerme responsable de aquel remojon? Una niña iba á ahogarse, yo te dije lo que haria estando en tu lugar, y te arrojaste al agua. No vayas ahora á arrepentirte de aquel acto generoso: acaso á él deberemos en el dia del Juicio que se incline la balanza en nuestro favor.

EL CUERPO.

¿En nuestro favor? ¡Lástima fuera que yo estuviese á las duras y tú solo á las maduras! Cada vez que he corrido algun riesgo te han dicho á tí: ¡gran alma! ¡alma noble! ¡alma magnánima! y solo te has expuesto á la molestia de tener que cambiar de domicilio. En cambio yo, si un dia me dejo matar porque tú me inspiras un buen sentimiento, iré á morder la tierra, mientras que tú te elevas al Empíreo.

EL ALMA.

Vamos, hombre, no pretendas aparecer peor de lo que eres. El mal humor te hace hablar de ese modo, pero es preciso que confieses que aquel dia estabas tan conmovido como yo. Me parece ver á la pobre niña que patinaba sobre la nieve en la orilla del rio. Apenas tenia siete años, y ya se veian en su rostro las señales de la miseria. Sin embargo, una muñeca que ostentaba en sus manos y con la que jugaba alegremente, le hacia olvidar el hambre y el frio: ¡Era su tesoro!... De pronto se cae la muñeca al agua, y el angelito, ignorando el peligro y queriendo recuperarla, se arrojó al rio en su busca. Un grito de terror salió de los lábios de cuantos presenciaban aquella escena.

EL CUERPO.

Y yo me arrojé al agua como un perro de Terranova.

EL ALMA.

Es cierto, y lograste salvar á la pobre niña.

EL CUERPO.

Pero el angelito lloraba por su muñeca, y como si no fuera bastante un remojon, volvió á arrojarme al rio, y la muñeca volvió á los brazos de su dueña.

EL ALMA.

¡Qué alegría la suya!

EL CUERPO.

No pude presenciarla porque me desmayé... me desmayé, sí, y mientras yo sufría, todo el mundo te admiraba, llamándote «alma generosa». Ahora bien: despues de este y otros muchos favores que te he hecho, ¿serás capaz de abandonarme?

(Se concluirá.)

CABOS SUELTOS

Mucho sentimos que el incendio del Conservatorio sea causa de que algunas clases se hayan cerrado.

Los alumnos se encuentran sin poder completar sus estudios, y agradecerian mucho que, puesto que el incendio no pasó del salon, volvieran á abrirse las clases.

El jueves se estrenaron con buen éxito en Jovellanos tres piezas en un acto; la primera original de nuestro amigo Eduardo Saco, se titula Un marido de encargo, y está escrita con gracia y facilidad: Las otras dos son arreglos en verso que hicieron reir al público.

**

Ha llegado á Paris Straus á la cabeza de sesenta austriacos.

—¡Cielos!
—No se alarme Vd., que son músicos.

Una oportunidad de la infancia... ¡Es tan cándida y sencilla!

Dos niños, algo separados de sus mamás, atraviesaban las calles de árboles y flores del Retiro.

El niño.—¿Vamos á jugar á los novios? Tú serás mi mujer.

La niña.—Con mucho gusto, sobre todo desde que he oído decir á tu mamá que tu padre vivirá poco. Siendo así heredaremos pronto.

Parece que el virey de Egipto ha tomado sus precauciones este año con los peregrinos de la Meca, á fin de ahorrarnos la visita del cólera.

Valiente camelo les da Mahoma todos los años á los moritos que van en peregrinación á rezarle y vuelven con el huésped á cuestras.

A lo ménos pueden decir que sacan algo más que el negro del sermón.

En Francia ha dado á luz una mujer cinco niños que tuvieron los ojos abiertos cinco minutos, y despues los cerraron para siempre.

Sin duda no les gustó el mundo.

Entre dar á Vds. un palo ó leerles unos versos que ha publicado *El Español*, prefiero lo último por más terrible.

El palo hace un chichon en el cuerpo, estos versos en el alma.

Allá van:

»Los toros son del siglo los señores; ellos la diversion fuertes dominan; de las fieras altivos defensores á ser dueños del mundo se destinan.

Si osara por cubrirlos de desdoras Jovellanos dejar su tumba fria, al saber que era autor de *Pan y toros* esta generacion lo silbaria.»

Señores: *voila comm, on escrit l'histoire.*

Un jugador de ajedrez español, el Sr. Golmayo, está llamando grandemente la atencion en Paris.

Siempre he creído que en materia de juego no nos quedaríamos atrás.

Malas ideas.

Hay hombres tan simples que parecen cortezas de alcornoque puestas sobre el agua. Nunca se van á fondo.

Me gustan las pollas de diez y seis años; pero prefiero las de tres meses, porque son más tiernas y se digieren mejor. (Pensamiento de un gastrónomo.)

¡Qué cosas más raras se ven en el mundo!
He conocido una suegra á quien su yerno queria entrañablemente.

El corazon es un álbum; el amor y la amistad se encargan de llenarlo hasta cierto punto; el desengaño lo concluye.

La amistad seria una gran cosa... si no pidiese dinero prestado.

Juan se há pegado un tiro esta mañana y decia anoche á Dolores: —Te quiero más que á mi vida.

De los instrumentos, el ménos generalizado es el violon, y sin embargo, casi todo el mundo lo toca. (En este casi todo el mundo bien puedo incluirme, y me incluyo.)

¡Qué gran consuelo es el poder llorar... de risa!

—Yo creía que un marido era otra cosa.
Me decia una jóven recién casada con un viejo.

Quisiera llamarme *Se continuará* para hacerme la lusion de que escribo todos los folletines de los periódicos.

Se han encontrado hasta doce mil reales en ochavos en una viña de Mahon. No es mala viña la que da tales uvas.

El otro dia se presentó una criada para ser recibida en la casa de un amigo mio.

Convenido el sueldo, la criada entró en sus funciones. Llamaron á la puerta, y como no salia la criada á abrir, le dijo el amo:

—¡Gregoria, que llaman!
—Señorito, eso iba yo á decir á Vd.... que llaman...
¿No tiene Vd. quien abra?

Nuestro apreciable colega *El Imparcial* ha vuelto á la vida.

Durante el corto viaje que acaba de hacer, notamos que ha perdido una cosa:—la firma de sus redactores.

De pareja con el Sr. Perez, que es un bailarín de primera, la Nena va á un teatro de Paris.

—¿Todavía baila la Nena?

Tambien irá á Paris á ver la Exposicion el Gran Sultan.

Es el primer ejemplo de un viaje de este género.

Hablando de la reunion de los Sres. de Alvarez, dice *La Correspondencia*:

«Todas estaban resplandecientes de hermosura y lucian trajes deslumbradores.»

Doy gracias á la señora de Alvarez por haber trocado hermosas ciertas caras que yo conozco.

¡Todas resplandecian de hermosura! Más vale así, e tutti contenti.

Tenemos que dar una noticia á los pintores, y es la de que están dadas las órdenes para pagar los cuadros comprados por el gobierno.

En un mismo número de *La Correspondencia* leo estas dos noticias:

«Hoy tendrá lugar el gran baile de la municipalidad de Paris... habrá concierto, en el que cantará *Tamberlik*?»

«Hoy han salido de Madrid la señora Nantier-Didié y el Sr. *Tamberlik*.»

Salir de Madrid y cantar en Paris el mismo dia, imposible. Uno de los dos sueltos se equivoca. Elija usted, que yo, por no errar, me quedo sin los dos.

Damos las gracias á los buenos amigos que diariamente nos remiten, ya manuscritos, ya impresos ú originales para nuestro periódico.

Aunque no tuviéramos otra razon, que sí la tenemos, nos basta el que á ninguno de esos escritos acompañe la firma, para que nos creamos dispensados de prestarles atencion; tanto más, cuanto que las noticias que contienen, por lo general, de ser falsas, nos parecen de mala especie, y de ser verdaderas, apenas se nos importan un bledo.

La chismografía nos ha parecido siempre cosa de mujeres.

Hablando de las mejoras que proyectamos en la seccion de dibujo, dice *El Imparcial*:

«Con mucho cuenta *GIL BLAS*; ¡pero cuenta tambien con la huésped!»

Querido colega, *GIL BLAS* hace lo que los autores del juicio del año en los almanagues, que despues de todas sus observaciones, añaden: *Y Dios sobre todo. Amen.*

Cuando en el otoño miro caer del árbol las hojas, ¿sabes, niña, lo que siento? que me he quedado sin sombra.

Segun dice un periódico, se trata de trasladar á las afueras de la capital las casas de vacas.

¡Bah! ¡Mientras no trasladen las casas de empeños!

Ha aparecido la primera entrega de una novela del Sr. Tarrago, titulada *Memorias de un hechicero*.

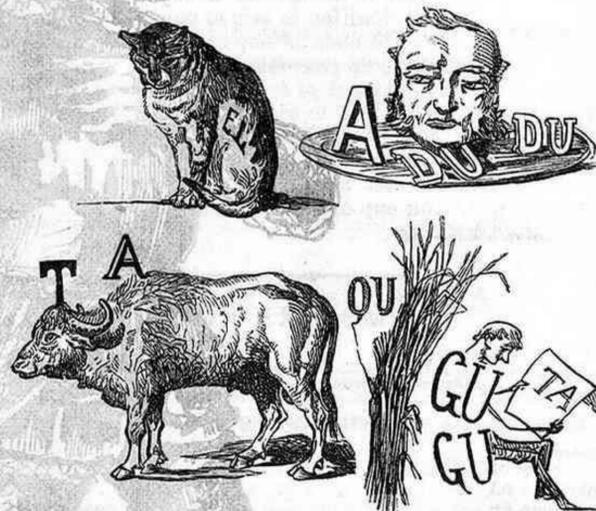
No podemos todavía juzgar de su mérito literario; pero sí decir que en punto á ilustracion iguala á las ediciones de más lujo y hace honor al buril del Sr. Capuz.

Fuera á la verdad gollería pedir más por dos cuartos.

PASATIEMPO

Solucion á la Charada del número anterior:—GIL BLAS.

JEROGLÍFICO



(La solucion en el número próximo.)

ANUNCIOS

EFICACIA DEL ROB ANTIHERPÉTICO

DEL DR. GREEN,

EL MÁS DISTINGUIDO MÉDICO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

Nada hay tan conveniente ni eficaz para la curacion de las herpes, de la sífilis, de las escrófulas, raquitismo, flujo blanco, debilidad, impotencia, caspa, granos, picazon, dolores artríticos, llagas rebeldes, manchas de la piel, atonía general, colores pálidos, lencorreas, gonorreas, tuberculosis y laringitis crónicas como este específico, bien probado ya en toda España de poco tiempo á esta parte, como antes lo ha sido en todas las primeras poblaciones de los Estados-Unidos, siempre con los más felices resultados.

Se vende en Madrid: Hortaleza, núm. 9, botica.—Cáceres, Dr. Salas.—Cádiz, Jordan.—Córdoba, Raya.—Badajoz, Orduña.—Jerez, Gonzalez.—Lisboa, Cabral.—Mérida, Guerrero.—Málaga, Prolongo.—Oporto, Araujo.—Valladolid, Dr. Romeo.—Vitigudino, Fernandez.—Zamora, viuda de Escera.—Leon, Merino é hijo.—Oviedo, Santamarina.—Zaragoza, Esnarcega.— 2

SOCIEDAD VINÍCOLA EN ESPAÑA

AVISO Á LOS CONSUMIDORES

En la calle de Tetuan, núm. 3 antiguo y 23 moderno, sigue el despacho de los vinos tintos añejos, elaborados en las bodegas de la indicada Sociedad, bajo la direccion de Mr. Montalieu. Dichos vinos están premiados con medalla de 1.ª clase en la Exposicion de Bordeaux del año de 1865, y solo se expenden en el indicado despacho, el cual nada tiene de comun con cualquiera otro que se anuncie con un título análogo al de esta Sociedad.—10.

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martín, calle del Lobo, número 10, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economía. También se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y saten, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

DIEZ, SASTRE

Puerta del Sol, número 13, entresuelo derecha.

El dueño de este establecimiento ofrece á su numerosa clientela un gran surtido de géneros extranjeros de las fábricas más acreditadas de Inglaterra y Francia.

Trajes completos de lana, á 360, 400, 440, 500 y 560 rs. Gabanes sacos, forros de seda, desde 300 en adelante. Chaquets, ó levitas de vestir, á 280, 320, 360, 400, 440 y 500.

Id. de Orleans superior, de 160 á 200. Pantalones ingleses y franceses, á 100, 120, 140 y 160. Hechuras, á precios convencionales.—3

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.